

Midriasis
Hacia los icebergs

Ouvrage publié avec le concours du Centre national du livre
Obra publicada con el apoyo del Centre national du livre

Midriasis – Hacia los icebergs/ J.M.G. Le Clézio
– 1ª ed. Buenos Aires, 2023–

ISBN 978-987-4914-33-0

Título de la edición original:
Mydriase suivi de Vers les icebergs
© Mercure de France, 2014

Iniji/ poema extraído de
Moments, Henri Michaux,
© Gallimard 1973

© Huesos de jibia 2023
Pasaje Roberson 522
(1046) C.A.B.A.

huesosdejibia.com
facebook.com/editorial.hdj
instagram.com/huesosdejibia
huesosdejibia@gmail.com

Diseño: Ludmila Martínez Catinari

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

J.M.G. Le Clézio
Midriasis
Hacia los icebergs

Traducción de Walter Cassara

MIDRIASIS

Al principio, los ojos no ven. Están abiertos, entre las cortinas de los párpados, pero son negros. No tienen luz. Así ocurre al principio, exactamente, es así, al principio. La noche, por entero negra, espesa, sin ninguna vibración, sin ninguna estrella, sin ni siquiera una luciérnaga. Es como el interior de una célula en el interior de una fortaleza: muros de hormigón, techos de hormigón, pisos y portones de hormigón. Ciertamente, uno está en el interior de su cabeza; insensibles, los ojos son como los pálidos ojos de un ciego, que no pueden percibir los puntos ni los haces de luz. No se trata de las orejas, ni de la piel o de las fosas nasales, ni de las fontanelas o el ojo pineal; aun estando apagados, los ojos han mitigado todo en el cuerpo. Hay pensamientos, saltos repentinos del corazón, temblores de los miembros, palabras que palpitan detrás de los labios, pero todo recuerda a los breves gestos a tientas de los ciegos, cuando atraviesan un camino.

Todo es tan negro delante de los ojos, tan negro: colores ausentes, destellos ausentes, líneas y figuras, ausentes. El mundo no se mueve en absoluto. Delante de los ojos inmóviles, él permanece sentado: las piernas quietas, la cabeza tensa sobre el cuello, los brazos descansando sobre los brazos de una mecedora de piedra, la columna vertebral erizada y recta, el vientre conteniendo la respiración, porque es un gigante tan grande como una montaña negra e imperturbable.

O a lo mejor es uno el gigante sentado en la montaña, las piernas pesadas pendiendo del socavón de un valle, las manos apoyadas sobre las gruesas crestas de las rocas, la espalda y la nuca en equilibrio, y la cabeza en medio de las nubes, en el vacío irrespirable. Entonces, uno no se mueve, sólo observa la negra eternidad del

espacio y el frío que envuelve con escarcha la piel de la cara, y gotas de agua fluyendo a lo largo de las pendientes de la frente, las mejillas, la nariz, chorreando entre las cavernas de las axilas, sobre el musgo del vientre, hacia abajo, con un movimiento lánguido, que desgasta.

En el interior de la mente, también, todo se vuelve negro. Y sucede justo antes del sueño, antes de caer hacia atrás, justo antes del desvanecimiento, cuando un agua negra trepa por una suerte de artesa en la cual uno se va haciendo cada vez más pequeño. Incluso la luz se hace negra en ese momento; surge en capas desde un astro color carbón, esparciendo sus raras membranas nebulosas a través del espacio; luz opaca que anonada, que repele; cotas de malla que caen sobre el rostro, una tras otra sin cesar, añadiendo sus nubes de encaje asfixiantes.

No hay nada que hacer. Así ocurre siempre. El poder de la vista se esfuma, se extingue detrás de las órbitas, en el centro mismo de las circunvoluciones cerebrales; late automáticamente, como el corazón de una larva, por el solo hábito de preservarse. El brebaje maldito lo anega todo: negro como la tinta que yace en el fondo de un plato de metal que recordamos vagamente. Uno quisiera enfurecerse, pero este poder resulta más intenso que el resplandor de la luna, más fuerte que todo aquello que está vivo y se agita; anega a los pájaros, hace arder a los insectos, e incluso a los peces en el río.

Entonces, ¿cómo se hace para seguir mirando?, ¿cómo? Se realiza un enorme esfuerzo para atravesar las sombras, porque todavía persiste una luz, al otro lado del horizonte, donde el sol ya ha desaparecido. Los ojos, que sólo brillan en presencia del sol, son ahora estrellas muertas, abandonadas, navegando huérfanas por los espacios

sin fuego. Nunca fue tan necesario el sol. Cuando la gran estrella esférica, con su centro iridiscente, surca las aristas afiladas, una cuchilla se eleva con su disco y corta, mutila, destruye todo —¡ay!— demasiado rápido. Los lagartos se enfrían y se detienen al costado de un túnel, sus patas ya no tienen fuerza. Siempre ocurre lo mismo, las sombras nítidas avanzan, fluyendo entre los surcos y alargando sus ramas —de este a oeste— más veloces que las nubes, que las mareas, los trenes, los aviones o las cortinas de lluvia.

No, entonces, no lo sabíamos bien. Teníamos muchas formas de escapar, observábamos las llamas con avidez, en busca de todo aquello que brilla y danza, todo aquello que sin más nos entrega su energía. Las lámparas de querosén eran inmensas, y ardían en la noche como el fuego de las torres petroleras, en Corpus Christi.

Pero todo eso ahora se ha extinguido. El negro brebaje está ahora dentro del cuerpo, y quiere que toda luz desaparezca. Es un brebaje al cual no le gustan los hombres con sus lámparas.

Los ojos ya no reconocen el espacio. Vueltos al interior de las órbitas, miran hacia el centro de la cabeza, el color de la sangre, el color negro que desconoce la vida. Intentan avistar el corazón. Las pulsaciones que suben por las arterias envían sus ondas de sueño. De devoradores, los ojos pasan a ser devorados.

Inmóvil inmóvil inmóvil inmóvil inmóvil inmóvil
inmóvil inmóvil

Al abandonar la superficie de la tierra, el sol se llevó la mirada consigo. Tiró del manto de la luz lentamente,

lentamente, fluido elástico de vibraciones encadenadas, atrayendo todas las fibras y dilatándolas, arrastrando todo aquello que animaba al cuerpo y a los ojos, hacia el fondo del oeste, en la otra orilla del río, en la otra orilla de las montañas y los árboles, la otra orilla del mar, la otra orilla de todo.

Para quien ve el sol desaparecer, de esta manera, llevándose consigo el calor y la luz, y despojándolo de la mirada, el miedo ha emergido. Se queda sentado, al borde de la casa, y gradualmente se va convirtiendo en estatua. Frío, miedo, oscuridad, se tornan reales, son lo más real del mundo. Esperamos. No sabemos cuánto tiempo tendremos que esperar. Hemos sido apresados por el hielo.

Ahora la noche pasará a durar meses. El sol se desliza lentamente por la pendiente de la tierra, hacia el abismo que conecta con el fondo del océano. Desaparece en el estrecho canal del vórtice, y su círculo de llamas se convierte en un remolino helado. Entonces no hay más ideas, no hay más lenguaje, no hay más signos, nada. En la parte superior de la cabeza, el cerebro es un bloque de hielo, y los brazos, las manos, las piernas, el vientre, se queman con esa rara quemadura de la escarcha.

También los ojos se hielan, se congelan en lágrimas, inmóviles en medio de los párpados. A medida que la estrella redonda desaparece al otro lado del horizonte, la mirada se repliega hacia el interior de la cabeza, se enrosca como los ojos de los caracoles. El frío y el negro nos tocan levemente, apenas respiramos desde el fondo del espacio, y los ojos se retraen, temblando.

Pero más terrible es lo que ocurre dentro de nuestra cabeza. La noche sin luz ha nacido en el interior del cuerpo, en alguna parte de las entrañas vacías, y sube lentamente, expidiendo sus olas de sombra. Nos estamos ahogando, seguramente. O bien caemos al fondo de un profundo agujero, cabeza abajo, los pies flotando como hojas. Nos deslizamos, y al mismo tiempo estamos inmóviles. ¿Cómo se explica eso?

Frente a unos ojos de vidrio, la noche es hermética. Nada vemos. ¿Qué hay allí? ¿Y más lejos? ¿Y más allá? Nada, nada. En el fondo del mar, prisionero de las aguas pesadas, opacas, con miles de años, de leguas y leyendas. Sepultado en color negro, sin saber nada de hombres, animales o plantas. Montaña sentada sobre la montaña, mirando el espacio. Los párpados están abiertos, pero nunca se deslizan sobre los globos oculares.

Conocemos el frío. Así estamos, solos en el centro de la encrucijada, una casa de piedra y mármol con grandes ventanas negras. No hay más aire, no hay más agua ni más fuego. Es una edad de piedra. Y quizás tengamos, por primera vez, pensamientos reales, simples, fríos, sin ningún deseo. ¿Cómo saberlo? ¿En qué estarán pensando las piedras? Se mueven tan quedamente, lo que esperan se demora tanto. Sus cuatro o cinco cantos rotos se han vuelto en todas las direcciones, y ya no se mueven, no avanzan ni retroceden. Hay palabras que también son de piedra: lentas, inmutables, hacen esfuerzos que duran varios siglos. Si las piedras han deseado algo alguna vez, hace —digamos 4500 años— ese algo ha quedado impreso con la forma de una pequeña grieta, en el borde derecho. O bien queda un puñado de arena debajo de ellas, un poco de polvo gris. O signos extraños, grabados en su materia, signos reconocibles para

los niños. A veces queda una X de color blanco. A veces, un pequeño círculo gris claro en forma de corona. O bien un carácter chino que dice



O el signo para corazón



A veces es un dibujo incomprendible que muestra una suerte de feto plegado sobre sí mismo. A veces un fósil de molusco, o una pequeña cueva cavada en la piedra negra, y en la cueva hay polvo de mica. Sí, los pensamientos de piedra se presentan de esta manera.

Los ojos hacen un gran esfuerzo, pero no pueden ver. Lo que ven es interminable, como lo que hay detrás de un tren lanzado a toda velocidad hacia la noche. Aunque no pueden ver, los ojos ven. Frente a ellos, el río, los árboles, las colinas, el cielo: nada. Atraviesan cada cosa con su mirada, nada los detiene. La vista es un grito que resuena infinitamente en el espacio abierto, un grito que ningún oído puede medir. El brebaje amargo ha abierto una ventana frente al cuerpo, una ventana, y el alma que sale disparada hacia el espacio, se esfuma en un instante.

Nunca ha habido tanta soledad. En otro tiempo, creíamos que podíamos ver. Creíamos que teníamos ojos, que el mundo era visible. Pero ahora el sol ha desaparecido, y la luz que resbala hacia el oeste, se lleva todas esas cosas consigo. ¡Sucia luz, que nos ha hecho esclavos!

Sería mejor estar muerto, sí, muerto y en silencio, sin alma, sin aliento, extinto, desierto como esta tierra, sería mejor no ser nada más que el ser solo, el único ser en el mundo todavía vivo, que todavía espera. Y sin embargo, ¿qué embriaguez produce esta mirada! Emerge desde dos ojos helados, pálido rayo, invisible, que taladra el oscuro espesor, y su paso entre las grietas de las pupilas causa un dolor mezclado con un placer tan grande, que hasta el orgasmo de un gigante, durante tres días y tres noches, no sería nada en comparación.

Los ojos buscan, buscan. Se zambullen con su pálido rayo en la noche, obstinada e implacablemente. Ellos verán, lo saben. Tanto tiempo acechan en la oscuridad que la visión terminará por aparecer, eso es seguro. La mirada se las arreglará para perforar esa falsa oscuridad. Se eleva, flota, despliega sus dos poderosas alas. El espacio puede muy bien retroceder, rápido, rápido, removiéndose en su saco turbulento, esparciendo sus remolinos invisibles, abriendo y cerrando todas sus olas, todos sus nodos. En la otra punta de la cabeza, está el estrave. La mirada es lo que expulsan las toberas del cohete, y el cuerpo se precipita al vacío reculando.

Los ojos resultan inútiles. No están hechos para ver. Cuando nos damos cuenta de eso, desaparece el miedo a la sombra y al vacío. Los ojos son motores, para ir hacia otra dirección, hacia el futuro, hacia tierras desconocidas, hacia los sueños y demás cosas de esta índole.

Uno se ha marchado. Ya no habita en esta tierra. O más bien, se ha quedado quieto, allí donde se encontraba, inmóvil y frío, mientras alrededor todo iba desapareciendo. No es la mirada lo que se ha extinguido, sino los árboles, el agua, las nubes, son ellos los que han

dejado de blandir sus efigies, hirvientes como trozos de metal. El sol ha retirado toda la electricidad del mundo, y los filamentos están muertos.

Ni siquiera el miedo resulta ya una posibilidad. En el día, bajo la dura luz, a menudo surgía el miedo. El odio, la violencia, arrojaban sus vibraciones sobre la piel. Pero todo se hallaba cubierto por la escarcha. No hay más palabras para decir *yo* o *yo soy*, para decir *auxilio*, para decir *amar*, *sufrir*, *morir*. No hay más que una sola y enorme palabra negra, que llena el cuerpo y la boca, una sola verdad que está a la vez a un lado y a otro de los ojos.

Lo que está frente a la mirada es similar a lo que está en la cabeza. Los ojos son sólo un fino cristal que fragmenta la noche, o bien: el espejo doble que refleja una sola imagen. Ya no podemos inventar. Sólo podemos repetir lo dicho, rehacer lo hecho. Somos la noche.

Como si nunca más fuera a haber palabras. La mirada ha enmudecido. Y sin embargo, anhelaría decir tantas cosas. Envía sus ondas a través del espacio, y no da con los planetas de palabras. Le gustaría crear, crear, sin detenerse nunca, pero su cuerpo está inmóvil, ya no respira, porque toda su fuerza se dirige hacia el espacio para reencontrar los objetos. Los depósitos están vacíos. ¿Se puede inventar algo cuando ya no queda nada? No lo sabíamos con precisión, pero así es: el lenguaje habita en la materia. No en el interior de la cabeza. Palabras, verdaderas palabras:

árbol		sol
	cielo	
árbol		río

El lenguaje está hecho de luz. Al extinguirse, al deslizarse como agua por la garganta del oeste, la luz se llevó consigo sus palabras. Lo que brotó de la estrella blanca en medio del cielo, todo el tiempo, fueron palabras. Cubrieron la tierra con su extraño polvo centelleante, dibujaron líneas, ritmos, ahuecaron las sombras.

¡Que vuelvan! ¡Que vuelvan! Ojos, boca, fosas nasales, centro del vientre, manos, sexo, piernas, hombros, espalda. Todo quiere hablar, pero los movimientos de la garganta no producen ningún ruido. Anhelamos sonidos, cualquier sonido, rayando la noche con relámpagos. Aguardamos un “ah”, aguardamos un “krr”, aguardamos un “sss”... Pero el interior de la piedra es duro y pesado, y ninguna hendidura lo atraviesa.

Hay tanto deseo, así, solo frente a la masa negra en el fondo del agua, que el cuerpo comienza a temblar y la cabeza chirría de dolor.

Van a aparecer, ahora.

Sobre la superficie impalpable, se van formando las luces. Las pupilas dilatadas agotan el espacio. La mirada ha viajado muy lejos, corriendo a la velocidad de la luz hacia los cúmulos de estrellas. En unos pocos segundos exploró todo el universo. Buscó nebulosas, novas, cuásares. Los párpados son las cúpulas de un observatorio abierto en la cima de una montaña, a través del cual unas lentes gigantes se asoman incansables.

Hay cosas. Lo intuimos. Todavía no las vemos, pero su presencia se hace perceptible. Como en un sueño, las formas comienzan a situarse, toman cuerpo, penetran invisiblemente en el cerebro, ráfagas de calor sobre la

piel, movimientos, obstáculos que cubren el espacio y que uno olfatea, que uno escucha antes de llegar a advertirlos. Intuimos su mirada. Como en la multitud: ojos que nos observan desde atrás, insistentes, escondidos en el vestíbulo de un portal, fijos en la nuca y en la espalda, y el leve escalofrío que nos rodea. Ojos que nos rozan y soplan su aliento frío en nuestra nuca. Ojos del pensamiento. Existen. Están aquí. Las pupilas dilatadas captan todo. Conocen las cosas mucho antes de que aparezcan. Conocen historias de amor, de guerra, de viajes, mientras las historias aún están retraídas sobre sí mismas, como una escolopendra. Los acontecimientos despliegan sus anillos lentamente, todavía no se ve nada, la cabeza triangular sigue escondida en el nudo del cuerpo, pero es así: HA COMENZADO.

Dudamos. Todavía no sabemos realmente lo que aparecerá. La oscuridad está llena de raras contracciones, se mueve, oscila. Uno está ahí, entre la nada y el casi algo, inmóvil. Pronto habrá que ver, habrá que ver. Dolorosamente abiertos, los ojos han sondeado tantas cosas. Su voluntad es tan extraordinaria. ¿Son sólo ojos, nada más? Estúpidas lentes, bolas glaucas llenas de líquido, cristalinos, músculos, lágrimas, nervios. El negro brebaje los transformó, abriéndolos en exceso como bocas, los hizo devoradores. Lo que los ojos ven, entonces, reside en los ojos. Ver es dejar salir la materia viva que teníamos en nosotros mismos, la que habíamos recibido al nacer, la que estaba dentro de la madre. Ojos, úteros dilatados por donde saldrá la vida. Pero, imposible decir lo que está pasando. El lenguaje también habitaba en el cuerpo, hablaba a través de los ojos. No había nada frente a esta montaña, todo estaba en sus profundidades. De ahí el miedo. Piernas y brazos que tiemblan, estómago que tiembla, cuello que tiembla:

hay tanta soledad en ese momento, tanto hermetismo. Al momento de encontrarnos con la vida, estamos tan lejos del mundo, tan abstraídos de él, que es como si saltáramos eyectados desde el vientre con espasmos, la cabeza por delante, hacia la cama que chorrea. El cráneo estirado, amasado por los labios de la vagina, aparece como una estrella; rojo de sangre y amarillo de placenta, y se sumerge en el cielo frío. Tendrías que gritar ahora, gritar con todas tus fuerzas, enloquecido de dolor y desesperación, lleno del terror de la luz.

Arden las lámparas. Eso es lo que vemos. Brillan con claridad feroz, dardos de luz que castigan las retinas. Lámparas, fuegos, luciérnagas, estrellas, la luna: vemos su luz por primera vez —y hieren—. Inmóviles, los ojos no resisten. No cierran sus pupilas para filtrar la violencia. Todo en el cuerpo está abierto, recibiendo el golpe de los objetos. Pero las luces de estas lámparas no son más que la rabia de la mirada que reverbera y vuelve como un *boomerang*. En el suelo negro, flotando en este mar oscuro: guijarros, hojas, ramitas, de un blanco insoportable. Hay dos soles brillantes que alumbran estos asteroides, haciendo que resplandezcan. Los rayos de la mirada calientan los guijarros en la tierra, y la piedra de fusión se enciende, crece, cobra vida. ¿Por qué la mirada resulta tan dolorosa? Ver, ver, sufrir. Pero en este sufrimiento, habita una alegría muy grande, porque es la primera vez.

Aparecen los árboles, vivos esqueletos sobre el claro fondo del río. Entre las tablas del suelo los insectos son fosforescentes. Los ojos no necesitan moverse para ver. Detenidos en las órbitas, absorben la más imperceptible luminiscencia. Los oídos escuchan el crepitar de la luz, las fosas nasales, atizadas, huelen el olor a quemado de la luz. Toda la piel se estremece bajo el bombardeo de fotones.